

EL CREPÚSCULO DEL MARTIRIO

Te ví en el mar, te
oí en el viento...

OSSIAN.

Con sigilo de felpa, la lejana
piedad de tu sollozo en lo infinito
desesperó, como un clamor maldito
que no tuviera eco... La cristiana

viudez de aquella hora, en la campana
llegó á mi corazón... y en el contrito
recogimiento de la tarde, el grito
de un vapor fué á morir á tu ventana.

Los sauces padecían con los vagos
insomnios del molino... La profunda
superficialidad de tus halagos

se arrepintió en el mar... Y en las riberas
echóse á descansar meditando,
la caravana azul de tus ojeras!...

LA SOMBRA DOLOROSA

Gemían los rebaños. Los caminos
llenábanse de lúgubres cortejos;
una congoja de holocaustos viejos
ahogaba los silencios campesinos.

Bajo el misterio de los velos finos
evocabas los símbolos perplejos,
hierática, perdiéndote á lo lejos
con tus húmedos ojos mortecinos.

Mientras unidos por un mal hermano
me hablaban con supremas confianzas
los mudos apretones de tus manos,

manchó la soñadora transparencia
de la tarde infinita el tren lejano,
aullando de dolor hacia la ausencia.

¡Otoño, amante de las físicas!
Tiene el crepúsculo camelias rojas.

Vibra en el aire de metal sonoro
el desmayado adiós de un postrer beso,
y el sol fallece como un ígneo Crespo,
en el misterio de su drama de oro.

Su violón monocorde muge un toro,
pregonando su místico regreso,
y hay en sus ojos un dolor carmeso
humedecido por extraño lloro.

Entre el síncope mustio de las hojas,
obnubilada por pasiones rojas,
sueña un crimen la excéntrica laguna.

Y como si deseara que la arroben.
en su tisis romántica, la luna
escribe una sonata de Beethoven.

LOS MAITINES DE LA NOCHE

Primavera celebra las pubertades...

Un crimen de cantáridas palpita
cabe el polen. Floridos celibatos
perecen de pasión bajo los gratos
azahares perversos de Afrodita.

Como un corpiño que á besar excita,
el céfiro delinque en los olfatos;
mientras llueven magníficos ornatos
á los pies de la virgen de la ermita.

Tocando su nerviosa pandereta
una zagala brinca en el sendero;
y al repique pluvial de la pileta,

como un ritmo de arterias desmayadas,
se extinguen en el turbio lavadero
las rosas de las nuevas iniciadas.

ELOCUENCIA SUPREMA

La odiaba con pasión, con entusiasmo...
Y ¡oh dicha de vengarme! A poco trecho
el mar. La noche arriba. Y yo en acecho,
gustándola con risa y con sarcasmo!...

Miréla ante el abismo. Sentí espasmo...
Iba ya á hundirla en el dantesco lecho;
hablóme el mar... se conturbó mi pecho...
Y me detuve con profundo pasmo!

Ante esa voz, la noche, el inaudito
silencio eterno, comprendí contrito,
¡cuán pequeño y fugaz es lo que existe!...

Impetrela perdón con hondo acento...
Ella fué blanda. Y desde aquel momento
suyo es mi amor ligeramente triste.

PANTEÍSMO

Los dos sentimos ímpetus reflejos,
oyendo—junto al mar—los fugitivos
sueños de Glück y por los tiempos viejos,
rodaron en su tez oros furtivos...

La luna hipnotizaba nimbos vivos,
surgiendo entre abismáticos espejos.
Calló la orquesta y descendió á lo lejos
un Enigma de puntos suspensivos...

Luego: la Inmensidad, el astro, el hondo
silencio,—todo penetró hasta el fondo
de nuestro sér... Un inaudito halago

de consubstanciación y aéreo giro,
electrizónos, y hacia el éter vago
subimos en la gloria de un suspiro!...

NOCTURNO

Todo era amor en el lozano ambiente;
 todo era fiesta en el galante prado,
 y en un banco decrepito á tu lado,
 yo sólo el mudo y tú la indiferente...

¿A qué insistir?—me dije obsesionado,
 muerta de noche y sin color la frente;
 ¿á qué insistir? Si esta mujer no siente,
 si no sabe llorar, ni nunca ha amado!...

Soñó la orquesta en la terrasse contigua,
 y todo se llenaba de una ambigua
 pesadilla de Schumann. Entre tanto,

tu clara risa con que al cielo subes,
 aparecía, bajo un tul de llanto,
 como un rayo de luna entre dos nubes!...

EXPIACIÓN

Errando en la heredad yerma y desnuda,
 que evocáramos horas tan distintas,
 bajo el ciprés, nos remordió una aguda
 crisis de cosas para siempre extintas...

Vistió la tarde soñadoras tintas,
 á modo de romántica viuda,
 y al grito de un piano entre las quintas
 rompimos á llorar, ebrios de duda!

Llorábamos los íntimos y aciagos
 muertos, que han sido nuestros sueños vagos...
 Por fin, á trueque de glacial reproche,

sembramos de ilusión aquel retiro,
 y graves, — con el último suspiro —
 salimos de la noche, hacia la noche!...

EL JURAMENTO

A plena Inmensidad—todas las cosas
nos efluviaron de un secreto mago,
Walter Scott erraba sobre el lago
y Lamartine soñaba entre las rosas...

Tus dedos, en prisiones, temblorosas...
henchímonos de azul éxtasis vago,
venciendo á duras penas un amago
inefable de lágrimas dichasas.

Ante Dios y los astros nos juramos
amarnos siempre como nos amamos...
Y un astro fugitivo—aquel momento —

sesgó de plano á plano el infinito,
como si el mismo Dios hubiera escrito
su firma sobre nuestro juramento!...

EL SAUCE

A mitad de mi fausto galanteo,
su sombrilla de sedas cautelosas,
la noche desplegó y un lagrimeo
de estrellas hizo hablar todas las cosas...

Erraban las Walkyrias vaporosas
de la bruma y en cósmico mareo
parecían bajar las nebulosas
al cercano redil del pastoreo...

En un abrazo de postrar arranque,
caímos en el ángulo del bote...
Y luego, que llorando ante el estanque,

tu invicta castidad se arrepentía,
el sauce, como un viejo sacerdote,
gravemente inclinado, nos unía!...

EL SUSPIRO

Quimérico á mi vera concretaba
 tu busto albar su delgadez de ondina,
 con mística quietud de ave marina
 en una acuñación escandinava...

Era mi pena de tu dicha esclava
 y en una loca nervazón divina
 el tropel de una justa bizantina
 en nuestro corazón tamborilaba...

Strauss soñó desde el atril del piano
 con la suave epilepsia de tu mano...
 Mendigo del azul que me avasalla,

en el hosco trasluz de aquel retiro,
 de la noche oriental de tu pantalla,
 bajó temblando mi primer suspiro!

LA RECONCILIACION

Alucinando los silencios míos,
 al asombro de un cielo de extrañeza,
 la flébil devoción de tu cabeza
 aletargó los últimos desvíos.

Con violetas antiguas, los tardíos
 perdones de tus ojos mi aspereza
 mitigaron. Y entonces la tristeza
 se alegró como un llanto de rocíos.

Una profética eflusión de miedos,
 entre el menudo aprisco de tus dedos,
 como un David, al piano interpretaba.

En tanto, desde el místico occidente,
 la media luna, al ver que te besaba,
 entró al jardín y se durmió en tu frente.

EL ENOJO

Todo fué así: Sahumábase de lilas
y de heliotropo el viento en tu ventana:
la noche sonreía á tus pupilas,
como si fuera su mejor hermana...

Mi labio trémulo y tu rostro grana
tomaban apariencias intranquilas,
fingiendo tú mirar por la persiana
y yo soñar al son de las esquilas.

Vibró el chasquido de un adiós violento...
Cimbraste á modo de una espada al viento
y al punto en que iba á desflorar mi tema,

gallardamente en ritmo soberano,
desenvainada de su guante crema,
como una daga, me afrentó tu mano.

DECORACIÓN HERÁLDICA

Señora, de mis pobres hamenajes,
débote amar aunque me ultrajes.
CÓNGORA.

Sofíe que te encontrabas junto al muro
glacial dónde termina la existencia,
paseando tu magnífica opulencia
de doloroso terciopelo obscuro.

Tu pie, decoro del marfil más puro,
hería con satánica inclemencia,
las pobres almas, llenas de paciencia,
que aún se brindaban á tu amor perjuro.

Mi dulce amor que sigue sin sosiego,
igual que un triste corderito ciego,
la huella perfumada de tu sombra,

buscó el suplicio de tu regio yugo,
y bajo el raso de tu pie verdugo
puse mi esclavo corazón de alfombra.

SEPELIO

Mirándote en lectura sugerente,
llegué al epílogo de mis quimeras;
tus ojos de palomas mensajeras
volvían de los astros, dulcemente...

Tenía que decirte las postreras
palabras, y callé espantosamente
tenía que llorar mis primaveras,
y sonreí, feroz... indiferente...

La luna que también calla su pena,
me comprendió como una hermana buena,
ni una inquietud, ni un ademán, ni un modo;

un beso helado... una palabra helada.
Un beso, una palabra, eso fué todo:
todo pasó sin que pasase nada!...

COLOR DE SUEÑO

Anoche vino á mí, de terciopelo;
sangraba fuego de su herida abierta;
era su palidez de pobre muerta,
y sus náufragos ojos sin consuelo...

Sobre su mustia frente descubierta,
languidecía un fúnebre asfodelo,
y un perro aullaba en la amplitud de hielo,
al doble cuerno de una luna incierta...

Yacía el índice en su labio, fijo
como por gracia de hechicero encanto.
Y, luego, que movido por su llanto,

quién, era, al fin, la interrogué, me dijo:
— Ya ni siquiera me conoces, hijo,
¡si soy tu alma que ha sufrido tanto!...

LA MUERTE DEL PASTOR

BALADA EGLÓGICA

Infelix ó semper, oves pecus..•

VIRGILIO.

I

Se lo dijo á la fontana
el llanto de una aldeana,
ya el carrizal no lo duda,
que oyó gemir al Poeta.

Todo, todo, lo trasuda :
el sauce y la mejorana...
Es bien cierto : Pobre nieta!...
Lo cuenta en su lengua ruda
la Soledad rusticana;
lo deplora la campana
desde la Ermita desnuda,
la zampoña que está muda,
la flauta y la pandereta
y hasta el cielo que interpreta
una gran tristeza humana...
Pobre nieta!...
Pobre abuelo!...

Hay un gran beso de duelo
 en la quietud del ambiente.
 Murió el pastor: quién lo dudal

Desde la Ermita hasta el Huerto,
 la montaña lentamente
 se está vistiendo de viudal...

Es cierto, es cierto!

Ya todos saben que ha muerto
 el mozo de la carreta...

Por el camino violeta
 su corazón va llorando
 como un cordero inexperto:
 Armando! Armando!...

El alma de las montañas,
 de sugerencias tranquilas,
 mira, con penas hurañas,
 aquellas claras pupilas
 que en el camino violeta
 lloran con lágrimas lilas...

Muda está la pandereta,
 mudas están las esquilas,

ya nadie emboca las cañas,
 desde que Armando está ausente,
 en tanto que las montañas
 miran pasar lentamente
 aquellas vagas pupilas
 que, tarde á tarde, intranquilas
 van á llorar á la fuente...

Cuánto tarda la carreta!
 Armando! Armando!...
 Van sus ojos escrutando
 por el camino violeta...

Por el camino violeta
 va la pastora llorando,
 sin rumbo; no tiene mando
 su voluntad incompleta...

— Lloro acaso por Armando,
 el mozo de la carreta?
 Adónde van sus pupilas?
 Por el camino violeta
 va la pastora dejando

su alma en lágrimas lilas.
Armando! Armando!...

Murió su pastor? Es cierto?
Ella interroga á la vieja
choza y al campo desierto
á la distancia bermeja
y hasta al porfiado pedrisco..

A la retama, al lentisco,
á la vaguedad perpleja
de aquel horizonte incierto,
al palomar, al aprisco,
al buey y al cardal arisco,
al asno, á la comadreja,
á la congoja del Huerto,
al buho rapaz que bisco,
un mito burlón semeja...
y todo le grita: ha muerto!...

Armando! Armando!
su corazón va llorando
como un cordero inexperto...

II

Cruza junto al Adivino,
junto al Sabio y al Poeta ,
no se fija en el pollino
del anciano Anacoreta,
y atraviesa la meseta,
bajo el misterio opalino
de aquella tarde secreta...

Adónde va? Qué la inquieta?
Ya la perdieron de vista
las cabañas lugareñas,
el pañuelo de batista
que de lejos le hizo señas,

el sonámbulo molino
y hasta el estanque amatista
donde termina el camino...

Va sin rumbo, soñadora
 por el camino violeta,
 la pastora...
 Por qué llora?
 Desde cuándo?
 Adónde va? Qué la inquieta?

Hoy se tarda más que nunca la carreta...
 Armando! Armando!...

El aire es de terciopelo...
 Por el camino violeta,
 cual á través de una grieta,
 se ve cómo piensa el cielo.

En el umbral el abuelo
 está esperando á su nieta,
 tiene en la mano un pañuelo
 y en los ojos el consuelo
 de una lágrima secreta...
 Desde que partió la nieta,
 llora á menudo el abuelo,
 y por un ceño de hielo
 se encuentra ¡ay Dios! obsedido.

Él hace, con su pañuelo,
 señas al Sabio, al Poeta...

A la inválida carreta
 de andar penoso y dolido,
 á la corneja, al mochuelo,
 y al misterioso cometa
 que, hace noches, desde el cielo
 le está diciendo: Y tu nieta?
 ¡Mal año tienes abuelo!...

No es esa, no, la carreta
 que tú esperabas, ni el vuelo
 de aquellas cornejas grises
 te traerá de los países
 tenebrosos á tu nieta...

Pobre abuelo! Pobre nieta!...
 Ya no verás la carreta
 por el atajo vecino,
 ya no oirás la pandereta,
 ni comerás del tocino
 que te brindara tu nieta...

Ya ni el Sabio, ni el Poeta
podrán darte algún consuelo,
ya no tendrás otro abrigo
que la lámpara del cielo,
ni tendrás más fiel amigo
que el pobre perro mendigo,

que fué en un tiempo de Armando,
y que ha de venir llorando
á consolarse contigo.
Armando! Armando!

III

El aire es de terciopelo...
Por el sendero vecino
llega un eco mortecino
de voces graves; el cielo
tiene un ensueño opalino...
Á la vera del camino,
el Sabio y el Adivino
conversan con el Poeta
sobre el Amor y el Destino.

De repente, el Adivino,
después de invocar al cielo,
solemnizó: — ¡Pobre Armando!...

Es un decreto divino!...
Dios sabe... — y sobre el pañuelo
se inclinó un rato llorando...

Dice el sabio:—Qué saeta
tuvo el ingrato destino!...
—Cierto!—reza el Adivino,
era virtuoso, era blando!...

Dice á su turno el Poeta:
—Hemos perdido un amigo!...
Mientras el perro mendigo
se acerca al grupo ladrando.
Armando! Armando!...

Hoy no viene la carreta...
¡Qué desolación secreta
tiene la tarde en el Huerto!
Adónde irá la pastora!
Se habrá extraviado que llora
como un cordero inexperto?

IV

A la orilla de un camino
que frecuentó por su infancia,
oye el rumor campesino
de una antigua resonancia...

Es el pino, el viejo pino,
que le murmura temblando:
— Qué es de la vida de Armando?
Cuál ha de ser tu destino?
Armando! Armando!...

En una de esas mañanas,
de esas mañanas muy blancas,
que parecen tener francas
ingenuidades de hermanas...

En una de esas mañanas,
 al pie de ese mismo pino,
 se dieron el primer beso
 y partieron su destino
 con una sola palabra,
 mientras partieron el queso,
 el pan, la leche de cabra,
 la miel y las avellanas!...
 En una de esas mañanas...

El perejil y el hinojo,
 el romero y el tomillo,
 lamen el ruedo sencillo
 de su trajecito rojo;
 y por el vago rastrojo
 y el carrizal amarillo,
 llega Lux, el perro cojo
 que perdió á su postorcillo.
 Armando! Armando!...

Cómo lo ha perdido y cuándo,
 de qué suerte? Lux lo ignora,
 pero aulla y lo deplora,

y al presentir la pastora,
 brizna á brizna rastreando,
 corre á su encuentro, la implora,
 pregúntale por Armando,
 si es que murió, cómo y cuándo?
 Y se arrodilla y lo llora.
 Armando! Armando!...

— Adónde fué el pastorcillo?

— Adónde irá la pastora?

— Qué será del perro cojo?

El Adivino lo ignora,
 y también el ruedo rojo
 y el perejil y el tomillo!...

V

Nunca vendrá la carreta...
 Ya no se oyen las tranquilas
 dulzuras del caramillo,
 y el crepúsculo amarillo
 cuenta una historia secreta...

Muertas están las esquilas,
 colgada la pandereta...
 Sólo gime la campana
 desde la Ermita desnada,
 bajo el cielo que concreta
 una gran tristeza hermanal...

Mas, ciertas noches no hay duda,
 cuenta la grey rusticana,
 suele verse una carreta
 y detrás una serrana
 tocando la pandereta,
 por el camino violeta
 que conduce á la fontana...

— Adiós, mañanas tranquilas!
 ¡Oh qué destino nefando!
 Diz que llora la silueta,
 siempre andando, siempre andando.

— Qué ven sus glaucas pupilas?
 Adónde marcha sin mando
 su voluntad incompleta?...
 Por el camino violeta,
 va la pastora dejando
 su alma en lágrimas lilas.
 Armando!... Armando!...

FIN